

Maluco. La novela de los descubridores: la desacralización de la figura del cronista

María Antonia Zandanel

Resumen

En *Maluco. La novela de los descubridores* de Napoleón Baccino Ponce de León el serio asunto de contar la Historia queda a cargo de Juanillo Ponce, el bufón de la expedición, quien desde su singular visión del mundo focalizará su mirada, en tanto narrador testigo de los hechos, en la diégesis del descubrimiento del estrecho de Magallanes. La infausta expedición que hace posible tan importante evento geopolítico comprende los años 1519-1520.

El texto propone un debate intertextual, en particular a partir de los registros anteriores, de la impugnación de los mismos efectuada por el personaje narrador y, también, desde los juegos que se formalizan para desprestigiar un supuesto discurso histórico hegemónico. El signo dominante de estas reescrituras es su formulación paródica. Se escribe no desde la centralidad y las certezas que otorga la razón, sino desde los bordes, para dar voz a aquellos que durante siglos no la tuvieron o fueron silenciados.

Palabras claves: Nueva Novela Histórica / Reescrituras de la Historia / Crónicas de Indias / Maluco

I. Aproximación al mundo de las crónicas

En un ensayo sobre “La cuestión de la letra en el nuevo mundo”, Walter Mignolo plantea la significación que ésta tiene para ambas civilizaciones. Mientras para unos, los castellanos, “el concepto de verdad se desprendía de la palabra escrita”, los lugareños, por el contrario, no estaban acostumbrados a leer la letra, sino a mirar, a contar, a desplegar, a pintar. En tanto para los naturales del espacio americano, “leer” es dar cuenta de lo que dicen las pinturas”, es decir, interpretar o traducir los signos gráficos no verbales a discurso verbal; para los conquistadores, en cambio, es transferir aquello que se ve a partir de la letra escrita. Formalizar una narración de lo que se observa en las pinturas, volcar el consecuente contenido en un discurso oral, conservar la tradición en la oralidad primaria, es algo que escasamente

podrían haber entendido los castellanos. Esto se debe, según las razones expuestas por Mignolo, al hecho de encontrarse las dos civilizaciones una a cada lado de la letra. Al encontrarse ambas en situaciones comunicacionales diferentes, cada una de estas culturas ocupa un espacio reconocido y destacado; los unos, en tanto miembros de una tradición letrada que procura fortalecer su pasado cultural; los otros en cambio, recogen desde su condición de integrantes de una comunidad, las tradiciones orales que enmarcan la situación discursiva en la cual se encuentran. Dos posicionamientos diferentes para rescatar constructos culturales guiados en ambos casos por una misma intención aunque con resultados desiguales: comunicar y comunicarse. La intención fue recoger e imprimir como sustento de las crónicas, el teatro medieval o los registros de la oralidad, por ejemplo, los hechos sustantivos de ambos pasados culturales y de un común presente histórico.

Es importante destacar en los discursos de la Colonia que, al tiempo que se procuró minimizar o silenciar algunas formalizaciones en las cuales “los otros” concebían sus prácticas, desde España se elevaba a la consideración superior el papel que estos hombres se ven conminados a desempeñar. Los encargados de reproducir los episodios que transcurren en las nuevas tierras se denominaban letrados y se llamaba así a aquellos que poseían el don de la palabra. Desde la otra orilla a estos personajes se les da generalmente el nombre de bachilleres y son los hacedores de los registros cronísticos que tienen tras de sí el poder convocante y perdurable de la escritura. Ellos pretenden dejar testimonio escrito de los acontecimientos fundantes que la historia americana registra a partir de la autoridad de su voz (González Echeverría, 150). Los llamados “sabios de la palabra”, por su parte, presuponen la oralidad para la revelación de sus verdades, hecho por el cual se los pone, dada la ausencia de escritura alfabética, en el modo en el que la poseen los vencedores, en los bordes de la marginalidad cultural y religiosa. Esta voz periférica, muchas veces no escrita, que habrá de perdurar desde los escondidos registros de la oralidad, tardará mucho tiempo en dejarse oír. Hoy, al decir de Martín Lienhard, “El foco principal de la reflexión poscolonial es sin duda lo que se viene llamando la ‘emergencia de la periferia’”. (Lienhard, 785)

Las llamadas *Crónicas de Indias* se insertan en este contexto

cultural que acabamos de esbozar rápidamente, marcadas por el estigma del descubrimiento y la conquista de América. Esto habrá de signar de un modo específico estos registros discursivos cuya tradición, más allá de su heterogeneidad, tiene significativo relieve en las letras latinoamericanas.

II. Maluco y las Crónicas de Indias

Napoleón Baccino explicita desde el subtítulo mismo de la novela el carácter absolutamente ficcional de su relato, al acotar el género literario dentro de cuyo canon el texto debe ser leído. Para Roberto Ferro,

El título es el protocolo de una cartografía de lectura en la que cada movimiento de interpretación queda atravesado entre límites que oponen fuerzas en pugna. El lector navega entre la literatura y la historia, entre el sentido que se configura en el entramado interminable de citas y el sentido como correspondencia de una marca referencial directa en el discurso, entre la locura y la razón, entre la palabra del bufón y la escucha del rey; entre unos y otros el juego de espejos de la alusión posterga la seguridad de alcanzar la verdad en última instancia, lo que no implica que lo narrado sea definitivamente falso, errado, ilusorio, o tan sólo imaginario. (Ferro, 1-2)

Así, de un modo explícito, enmarca la pertenencia taxonómica de su obra desde una simple mención paratextual (Genette, 12-13). A poco de empezar la lectura la coloca, además, en otra sintonía: la de las *Crónicas de Indias*, tipología textual cuya característica sustantiva es la de oscilar pendularmente entre lo histórico y lo ficcional, lo verdadero y lo fabulado, de las cuales tomará algunos de sus rasgos más característicos.

Así que al verme solo con mi verdad, me dije: no tengo más que a don Carlos. Él tiene que creerme. Él tiene que saber de mí. Su alteza sabe quién es el conde del Maluco. Don Carlos hará que se me restituya a las listas y se me devuelva la pensión. Y si es muy trabajoso volver a fraguar las listas, al menos recuperaré mis dineros. Y me puse a escribir esta crónica que sigue así: (Maluco, 42)

¿Aún estas ahí, don Carlos? ¿Aún velas con mi crónica entre las manos? (Maluco, 186)

Sabemos, por ejemplo, que en los escritos sobre el descubrimiento y la conquista se utilizaba el vocablo *crónica* como sinónimo de historia (Mignolo, *Cartas, crónicas y relaciones*, 75-77) con la intención de narrar hechos o acontecimientos que, por su naturaleza extraordinaria, merecían el resguardo fiel de la memoria. Se caracterizaban también estas formulaciones discursivas por la sujeción de los hechos a un ordenamiento cronológico de carácter lineal, constituían una visión presencial ya sea de lo directamente observado o del rescate de los testimonios que llegaban hasta el cronista, por la presencia además de elementos autobiográficos y el uso de la primera persona, y por la apreciación subjetiva y parcializada acerca de lo que se narra. En otro momento habrá de precisar los alcances del término: "... cuando hablamos de crónicas sabemos intuitivamente que nos estamos refiriendo a un grupo heterogéneo de textos que relatan los acontecimientos del descubrimiento y de la conquista, y que describen la naturaleza indiana, pero que -para la conciencia moderna- no son propiamente *historia* ni propiamente *literatura*" (Mignolo, "Texto y contexto", 223). Con estos aspectos se conformaba una particular y heterogénea formalización discursiva que conocemos como *Crónicas de Indias*. Se considera también un signo de estas escrituras el que las crónicas expresen en algunos casos en forma manifiesta la intención de refutar discursos cronísticos anteriores o la decisión de aceptar como válidos estos registros precursores. La "Historia verdadera", por ejemplo, de Bernal Díaz hace suponer desde su título mismo, en tanto programación paratextual, que hay otros registros que no lo son o, por lo menos, que no se ajustan como él promete a lo visto, lo oído y lo verdaderamente vivido. Según destaca Rolena Adorno, en los escritos de Blas Valera, el Inca Gracilaso y Juan Anello Oliva, por el contrario, "cada uno considera al autor que le precede como fuente fidedigna y de gran mérito". (Adorno, 178)

Una característica de las Crónicas que también vamos a encontrar en *Maluco* (aunque parodiada) es la presencia de un *yo autobiográfico* y *testimonial* que se proyecta discursivamente y da cuenta de los hechos históricos de los cuales presumiblemente ha sido o protagonista o testigo. En las Crónicas, el responsable de la diégesis es un yo histórico que se asume como sujeto de la enunciación. En *Maluco*, en cambio, el yo testimonial que narra la historia, es un ser de existencia dudosa, quien manipulará los hechos a su antojo hasta ofrecernos ciertas distorsiones testimoniales. El plano referencial en las primeras está subrayado por

una suerte de historicidad subjetiva de la cual el relato no puede liberarse, determinada por esa sobrecarga autobiográfica que le imprime ese yo real que se esconde detrás de la narración y que pretende ganar el favor y la credibilidad de su destinatario oficial. En la novela, en cambio, la presunta historicidad se ve desdibujada por un narrador a ratos irreverente, un tanto irascible, que ni siquiera se preocupa en disimular que la suya es también una versión interesada en cuanto con ella se propone obtener una merced: recuperar la pensión de la que una vez gozó y que luego perdiera.

En ambos registros nos encontramos con la textualización del espacio americano, aspecto de singular importancia dada la naturaleza cognitiva de estos discursos y la necesidad de verter (para sus eventuales lectores o destinatarios) una visión del entorno, otro de los elementos hostiles que el conquistador deberá doblegar.

La permanente actividad fabuladora de la que hace gala Juanillo es uno más de los rasgos distintivos que comparten ambos registros. El narrador de *Maluco* imagina o inventa lo que no puede saber, deja volar su imaginación y, para ello, en algunos casos abandona la primera persona, quiebra la diégesis para focalizar desde ángulos diversos la configuración misma de su relato. Los episodios en los cuales Magallanes, desolado por la nostalgia, le pide evoque por medio de su fantasía, que para eso es poeta, a su mujer y a sus hijos, son pasajes absolutamente imaginados y transidos de poesía, donde el acento está puesto en resaltar el sesgo lírico del improvisado poeta. También su otro "amigo", el rey Carlos V, es visitado en su reclusión de Yuste a través de la imaginación del bufón, llenando de este modo los intersticios a los que la Historia no puede llegar. "Y bien, Alteza, ahora Juanillo te imagina" (*Maluco*, 223). La *amplificatio* de la visión se logra por la alternancia de las voces, responsables del discurso, hasta lograr una singular polifonía que hace posible mostrar al lector aquellos acontecimientos referidos al rey que están fuera del ángulo de mira del narrador.

III. *Maluco* y la impugnación del discurso oficial

Es intención del presente trabajo realizar una lectura de la obra desde la perspectiva del personaje narrador, partícipe él mismo de la expedición desde su condición de interesado cronista, cuya motivación manifiesta parece ser no tanto la intención de hacer perdurar en la

memoria la veracidad de los registros históricos ni el resguardo de su validez testimonial, sino la intención más directa de conseguir de Su Majestad Carlos V, la pensión que, “por andar por pueblos y plazas indagando nada más que la verdad” (*Maluco*, 8), su hijo, Felipe II, le quitara. Escribe para ello una extensa carta al Rey, años después, en 1558, para efectuar su reclamo y para dar verdadera cuenta de los episodios más importantes de la Jornada.

Se procederá también a señalar aquellos procedimientos ficcionales que contribuyen a dejar al descubierto los subterfugios que permiten manejar libremente el contexto histórico desde una actitud desacralizadora y paródica del llamado discurso oficial. Esto se consigue, en parte, por medio de la focalización de la diégesis a partir del espíritu irónico y burlesco característico de un personaje marginal, quien “desde su calidad de bufón, se toma todas las arbitrarias libertades que la historia oficial limita” (Bustillo, 301). La ironía y la parodia serán usadas con frecuencia para socavar la confiabilidad de las fuentes utilizadas.

Dentro del *corpus* novelístico calificado por Seymour Menton como Nuevas Novelas Históricas existe un significativo número de obras que formalizan un desenfadado cuestionamiento de los discursos históricos oficiales regidos por la intención de parodiar los hechos textualizados y con ello poner en tela de juicio la veracidad de los discursos historiográficos anteriores, los cuales referían a determinados períodos de la Historia, empujados por motivaciones de signos diversos.

A partir de lo que hemos llamado la desacralización de la figura del cronista en *Maluco. La novela de los descubridores* (1989), del escritor uruguayo Napoleón Baccino Ponce de León, el serio asunto de contar la historia va a ser asumido por Juanillo Ponce, el bufón de la expedición, quien desde su singular visión del mundo formalizará, como narrador testigo, la diégesis del descubrimiento del estrecho de Magallanes. Hecho histórico de fundamental importancia geopolítica por cuanto significó la llegada al punto geográfico que haría posible dar la vuelta al mundo por primera vez, navegando desde España hacia el oeste y cuya intención fue descubrir un nuevo camino hacia la tierra de las especierías. La expedición que la Historia registra como el primer viaje en torno al globo, realizado por don Hernando de Magallanes y, a partir de su muerte, llevado a término por uno de los pocos sobrevivientes de la infausta

expedición, Sebastián Elcano, abarcó los años 1519-1520. Esto permitió la unión de los dos océanos en el punto más austral de nuestro continente. No obstante las enormes dificultades de la travesía, el laberíntico camino, el frío intenso, la soledad, el desánimo, las hambrunas, hacen que poco tiempo después se ponga en duda la veracidad misma del hallazgo. Estos hechos que los documentos historiográficos y las crónicas de Indias registran, los encontraremos intertextualizados en la novela del escritor uruguayo, no como transcripción más o menos fiel sino como recreación o relectura del episodio.

El cuestionamiento de la Historia vendrá también por cuanto el discurso se apoya más que en recursos que tiendan a homologar los hechos consagrados, a desplegar procedimientos ficcionales no encubiertos, que habrán de impugnar los escritos anteriores que dan cuenta del descubrimiento en cuestión. Uno de ellos, tal vez el más significativo, al que habremos de referirnos más adelante, consiste en poner reiteradamente en tela de juicio tanto las Crónicas conocidas que refieren al episodio, como el entramado textual al cual hemos designado con ese nombre durante siglos, cuanto la tarea del cronista en tanto recreador falaz e interesado de los hechos allí textualizados.

Frente a la solemnidad de las *Crónicas de la Conquista* que reservaban un lugar de privilegio a los encargados de relatar los episodios de las Jornadas, en estas escrituras la subversión referencial está determinada, fundamentalmente, por la marginalidad del responsable del discurso quien, desde ese particular lugar de enunciación, habrá de cuestionar, parodiándolos, los registros anteriores que refieren al mencionado suceso histórico. Desde los bordes, o más precisamente, *desde el bajo vientre de una nave*, se elevará la voz de Juanillo para dar cuenta de estos episodios, no desde su formulación testimonial, sino atendiendo a aquellas peripecias que se convierten en significativas desde su punto de mira, esto es, desde la aceptación de su función. Juanillo, el bufón, no es solamente un testimoniante más de los hechos, es aquel que busca por medio de su relato entretener y divertir. Desde su condición de pícaro, truhán, judío converso, e hijo de una prostituta, el personaje sólo puede entamar un discurso totalmente despojado de toda autoridad.

De este modo habrá de crearse un interesante debate intertextual, particularmente a partir de los registros anteriores y la impugnación de

éstos efectuada por el personaje narrador y, también, con los juegos que se formalizan para desprestigiar un supuesto discurso histórico hegemónico. El signo dominante de la escritura es su formulación paródica, aquella que dejará al descubierto las costuras ficcionales de los hechos históricos degradados, de cuya narración el bufón es responsable.

En la novela de Baccino, la cita, la alusión, la parodia y otros aspectos intertextuales se combinan para formar una polifonía que aprovecha las infinitas posibilidades de la creación novelesca a través del lenguaje. Para Baccino, es gracias a la intertextualidad que se construyen las múltiples "puertas y ventanas" que abren al texto para la participación del lector. Maluco es una novela cuyo proceso de recepción se realiza en plenitud a partir de un lector activo que asume la propuesta textual de jugar con la historia, con la tradición literaria y con las fronteras entre realidad y ficción establecidas por la modelación literaria. (Vich, 405-406)

Esta propuesta lúdica del texto que el lector recoge como parte del nuevo pacto de lectura que la novela propone, ha sido reiteradamente confirmado por el autor, como una propuesta indeclinable de *Maluco*, una suerte de tipología o de registro discursivo que lo caracterizan y que ponen de manifiesto la intención de su autor de recalcar en la historia no desde la seriedad de un recuento objetivo sino con la intención de ironizar acerca de ciertas situaciones o de parodiar discurso y personajes. Dada su cualidad de bufón, esa que moldea el discurso desde una óptica especial, la motivación intrínseca, no confesada pero siempre presente, será, en todo caso, la de entretener y divertir a su auditorio.

IV. Parodia del discurso y del personaje

Puede observarse en la novela una doble actitud paródica que el discurso pone reiteradamente en relieve: la primera, corresponde a la parodia del discurso de las crónicas o de los intertextos anteriores que la novela tratará de cuestionar a causa de su pretendida falta de legitimidad. No hay veracidad en los relatos anteriores sino un ocultamiento falaz de los episodios narrados;

Y si el relato puntual y verdadero de nuestras miserias, relato que en un todo falseó vuestro cronista Pedro Mártir de Anglería para mayor

gloria de Su Alteza Imperial, así como de las muchas cosas que aquel sagaz caballero vicentino don Antonio de Pigaffeta calló y enmendó por la misma razón, (...) (Maluco , 8)

La ironía lleva al bufón no sólo a tergiversar el nombre de los responsables de las fuentes por él consultadas sino también a cargar de sorna los debates y las discusiones de los hechos cotidianos de la conquista. Los grandes cuestionamientos y especulaciones aparecen, de este modo, absolutamente trivializados:

El punto es, como verás, harto confuso, cuanto más que ignoraba aquel Pigurina o Pigafeta o como se llamase, a cuál de las dos tetas se refería el Almirante; por lo que me inclino por mi teoría de que el Paraíso se parece más al vientre de mi madre que al pezón de la teta de la madre del Cristóbal Colón. Y punto. (Maluco, 77)

La segunda, pondrá en tela de juicio el propio papel de los cronistas, al cuestionar la veracidad de los hechos y al objetar la legitimidad de sus discursos, pervertidos por los intereses personales de los cuales ni el propio Juanillo puede escapar. La focalización del discurso, desde el singular ángulo de mira de nuestro personaje narrador, cronista pretendidamente fiel de los sucesos textualizados pero también bufón de la expedición, aquel cuya palabra mientras dura el viaje no es atendida ni entraña credibilidad alguna para quienes lo escuchan, dado su oficio y condición, compromete también la recepción del relato. Como suprema ironía, a su vez, el discurso que formaliza la diégesis de los hechos se empeñará en negar la veracidad de los hechos del viaje registrada en los episodios de la Jornada.

Juanillo buscará, a través de la escritura, la revelación de la verdad, al insistir en su relación de los hechos una y otra vez y poniendo al descubierto los ocultamientos y sus razones, o si se quiere, las “mentiras” de la historia oficial. Y, atento a la formulación discursiva de los registros del tiempo aludido, procederá al enjuiciamiento y a la desacreditación tanto de las Crónicas como de los cronistas oficiales, responsables de esas escrituras. El personaje narrador (cuya figura se confunde por momentos con la del propio autor) elaborará un relato irregular (en tanto registro pretendidamente historiográfico), irreverente y marginal, acentuados estos aspectos desde su misma condición de ente precario que mira su mundo circundante desde su baja estatura, lo

que le permite observar la vida desde miradores no convencionales y por lo tanto privilegiados. También resulta relevante, a los efectos de manipular los procedimientos que tiendan a acentuar el descrédito de lo narrado, su vieja costumbre de espiar las acciones de los hombres desde ciertos intersticios que le facilitan un ángulo de visión verdaderamente perturbadora. Ese papel de charlatán y fisgón que le está determinado dentro del relato, condicionará también la recepción de la crónica. Esta focalización otorga un inesperado viraje a la diégesis del descubrimiento, desde la perspectiva de este narrador, encargado de dar cuenta, a su manera, de los acontecimientos vividos:

Dime, Majestad Cesárea, ¿habéis estado alguna vez en tu vida debajo de una mesa observando los pies de los comensales y siguiendo su conversación? Pues habéis hecho muy mal, que no es bueno para un príncipe ver el mundo desde el trono solamente, y a la caterva de aduladores de tu corte a la cara, empolvada y compuesta para la hipocresía. En cambio, debajo de una mesa las cosas se ven de manera diferente. La inquietud de unos pies, el movimiento de una pierna, el balanceo nervioso de unas rodillas, una mano que baja en gesto furtivo, y el sonido de las palabras sin cara; os dirán mucho más de los hombres y de los negocios del Estado que todos los discursos (...) Te lo digo yo que he atisbado la vida desde todos los rincones y lo poco que he aprendido ha sido siempre bajo una cama, escondido en un armario, por el ojo de una cerradura, detrás de un sillón, o debajo de una mesa. (Maluco, 129)

La visión periférica, marginal, habrá de dar, frente al registro objetivo y verosímil de los intertextos, particularmente el de Pigafetta, una visión absolutamente desacralizada y despojada de toda heroicidad. Se escribe no desde la centralidad y las certezas que otorga la razón, sino desde los bordes para dar voz a aquellos que durante siglos no la tuvieron o fueron silenciados. De allí el sentido de revertir la crónica o de parodizar el discurso hasta ponerlo en otra perspectiva, donde lo más relevante no son los hechos en sí sino las conductas humanas y el sufrimiento del hombre ante los avatares de la travesía. No interesa subrayar la heroicidad de las acciones sino el desconuelo de los navegantes ante la aparente sinrazón del trayecto recorrido.

Si tenemos en cuenta que la Crónica tiene como destinatario explícito al rey, Carlos V, del mismo modo que la crónica de Pigafetta estaba dirigida al papa Clemente VII, tenemos claro también que este

yo dominante procurará por todos los medios convencer al monarca de la importancia de la empresa realizada. De allí la formalización de un discurso dialógico y apelativo que requerirá de todas las estrategias posibles para persuadir al monarca de la veracidad de los hechos narrados.

No obstante, la verdad histórica es puesta bajo sospecha debido al interés de Juanillo Ponce de conseguir la pensión perdida. Un bien social, el recuento de la memoria colectiva que procura extraer del olvido los hechos más significativos de la historia, va a ser cuestionado en virtud del bien individual y personal. La presencia del bufón narrador no hace sino transgredir la intencionalidad documental al enjuiciar permanentemente la referencia que el discurso de la Historia pretende custodiar. Pero al haber una intencionalidad pragmática detrás del discurso de Juanillo, éste habrá de manipular a su antojo los hechos e incluso su interpretación, hasta el grado de tornar oscuros ciertos pasajes y al punto de proponer nuevas lecturas del episodio. La linealidad de la Crónica se verá permanentemente interrumpida por las peticiones o demandas que éste formula a su lector implícito, el rey, cuya formulación habrá de evolucionar desde un respetuoso y distante tratamiento hasta una irrespetuosa familiaridad que se torna más apremiante a medida que las acciones avanzan. Cuando la aventura llega a su fin los requerimientos de Juanillo parecen más lejanos.

Cierre Vuestra Majestad don Carlos los ojos a los empolvados secretarios y a las rosadas damas que pueblan sus palacios entre mármoles de Italia y tapices de Oriente, y llene sus reales pupilas con la imagen de cinco negras naves abriéndose paso presurosas hacia los confines del mundo conocido y más allá. Deje que lo penetre el escozor de la sal y el estruendo de las olas, sienta en sus imperiales tripas el incomparable sabor de las náuseas y, en nuestro honor y memoria, no agregue esta noche canela ni clavo al vino, ni pimienta a su carne de buey, ni azafrán a sus guisados de faisán, ni menta, ni jengibre, ni...
(Maluco, 25)

Y bien, Alteza, ahora Juanillo te imagina. Estás en tu retiro, en Yuste. Estás en tu recámara. Te han puesto sobre almohadones, como a un recién nacido, y junto a la ventana que se abre al interior de la iglesia. (...) Esas dos muertes recientes te acercan tu propia muerte. Y tienes miedo. Todo el pasado se vuelve en tu contra. Te atormenta. Te

acusa. Ha perdido sentido. Parece un gran e irreparable error. El portentoso César Augusto, Señor del mundo todo, quisiera ser niño otra vez. (Maluco, 223)

El pasado y la memoria que de él se tiene será cambiado, irónicamente, para proveer de justicia a un acto de olvido irreparable de una actuación individual. En una entrevista Baccino aclara a su entrevistador su concepción de la Historia, en cuya veracidad proclamada en los discursos oficiales, nuestro novelista descrea. Cuando Cynthia Vich lo interroga acerca de su posición ante la historia, Baccino declara:

[Mi] posición ante la historia es más bien negarla, en vez de someter(me) a ella. Ni siquiera de acudir a ella más que como un telón de fondo. Yo soy un profundo escéptico de la historia. Creo que hay tantas historias como historiadores, y también siento que la realidad que vivimos cada instante es tan compleja y tan difícil de abordar para el novelista, para el escritor en toda su complejidad, que la pretensión del historiador de reconstruir parte de una realidad sobre la base de unos pocos documentos, me parece absolutamente fantástica y hasta vanidosa. (...) El canon por el que me regí fue el de la verosimilitud.

No hay, según su sentir, una versión única y absolutamente valedera capaz de refrendar la verdad de los hechos pasados. Dada la complejidad misma de la realidad de la cual parte, el registro que pretenda dar testimonio de ella difícilmente pueda ser absolutamente verdadero. El simple hecho de que el nombre de Juanillo Ponce no aparezca en las Crónicas revisadas por Ginés de Sepúlveda no harán sino confirmar todo lo expuesto por el bufón en su extensa crónica, poniendo de manifiesto, además, la falacia que suele envolver a estos discursos.

Como bien lo anotara Hugo Verani, Maluco se inscribiría entonces en lo que Linda Hutcheon ha llamado "la metaficción historiográfica", que comprende a novelas acentuadamente autorreflexivas que mantienen un diálogo intertextual paródico con el discurso histórico. (Vich, 406)

El diálogo intertextual con los discursos historiográficos anteriores que le sirvieron de fuentes y que el autor Baccino consultó profusamente para dar verosimilitud a lo narrado se torna, por lo expuesto, irreversiblemente paródico. La ausencia del nombre de Juanillo en las Crónicas ofi-

ciales y el hecho de que Ginés de Sepúlveda no encuentre rastros de su presencia en la expedición, además de acentuar el carácter marginal de la voz que cuenta la historia, destaca también el hecho de que el discurso que la rescata es un registro periférico y por lo mismo ocultado o ignorado por las crónicas oficiales. No obstante Sepúlveda dará un giro más a su informe al destacar el carácter ficcional del relato, cuando asegura al rey no poder dar cuenta de la veracidad de los hechos narrados porque “bien pudo inventarlo todo basándose en alguna de esas crónicas o en el testimonio directo de algún sobreviviente que pudiera conocer” (*Maluco*, 316). Pese a no poder refrendar su carácter testimonial, valora el efecto estético que las mismas tienen sobre el ánimo del/los lector/es. La intención no expresa o, si se quiere, implícita, será formulada por el propio Ginés de Sepúlveda, otro de sus lectores, al observar uno de los principios indiscutidos del discurso ficcional: su capacidad de entretener al lector. Se privilegia aquí el efecto de lectura sobre la verosimilitud de los hechos narrados. Esto es, lo ficcional sobre lo verdadero, la fantasía sobre la realidad de lo que se narra:

En cualquier caso debo admitir, Majestad, que el autor, quienquiera que sea, ha pasado grandes trabajos para escribir su crónica y, si se me permite una opinión personal, grande placer me ha causado con ella y bien merece la pensión que solicita.

Pero, sobre todo, cuando la voz de Juanillo ya no resuene en nuestros oídos y se despegue de ella la del autor, será éste quien finalmente concluya, tal como lo anticipara el mismo título de la obra: “La única verdad que nos queda es la de la ficción”.

Bibliografía

- Adorno, Rolena. "Reescribiendo las crónicas: culturas criollas y poscolonialidad". En: Mazzotti, José Antonio, editor. *Agencias criollas. La ambigüedad 'colonial' en las letras hispanoamericanas*. Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Latinoamericana, Biblioteca de América, 2000, 177-190.
- Baccino Ponce de León, Napoleón. *Maluco, La novela de los descubridores*. Barcelona, Seix Barral, 1990. Es la primer novela del escritor uruguayo y recibe el premio Casa de las Américas. Para nosotros puede considerarse uno de los grandes títulos de la llamada reescritura de la historia.
- Bustillo, Carmen. "Personaje y tiempo en *La tragedia del generalísimo* de Denzil Romero". En: *Revista Iberoamericana*, N° 166-167, Vol. LX, Pittsburgh, Enero-Junio 1994, 289-305. El trabajo se centra en un estudio del personaje en esa obra de Romero que se construye como absoluta ficción, sin dependencia de los registros historiográficos que testimonian la vida del Generalísimo Francisco de Miranda. Desde este singular posicionamiento habrá de subrayar la autora, sobre todo, la actitud muchas veces irreverente del precursor de la independencia americana. En tanto el trabajo es un extracto de una obra de mayor envergadura sobre el personaje histórico, pasa revista también entre otros, a Juanillo Ponce, el narrador de *Maluco*.
- Ferro, Roberto. "Maluco. La novela de los descubridores de Napoleón Baccino. Una invención literaria de la historia". En: *Cuadernos del CILHA*. Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana, Mendoza, Argentina, Año 2, N° 2-3, 2001.
- Genette, Gerard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Trad. de Celia Fernández Prieto. Madrid, Taurus, 1989.
- González Echevarría, Roberto. "Humanismo, Retórica y las crónicas de la conquista". En: *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Caracas, Monte Ávila, 1984, 149 - 164. Señala el autor: "... la enormidad misma de la Conquista, que la eleva al plano de la historia, reclama un estilo noble, alto(...) No se podía narrar la toma de un reino en el lenguaje de leguleyos y burócratas, como tampoco en el tosco estilo de la epístola de un soldado; ni la vida cotidiana de un mero soldado con el vuelo retórico reservado para las grandes hazañas de señores y príncipes".
- Lienhard, Martín. "Voces marginadas y poder discursivo en América Latina". En: *Revista Iberoamericana. América Latina: Agendas culturales para el nuevo siglo*. N° 193, Vol. LXVI, Pittsburgh, Octubre-Diciembre, 2000, 785-798.
- Luján Campos, María Luisa de. "Maluco y la pendularidad de sus opuestos". En: Domínguez, Mignón y o/*Historia, Ficción y Metaficción en la Novela Latinoamericana contemporánea*. Bs. As., Corregidor, 1996, 69-89.
- Historia, ficción y metaficción en la novela latinoamericana contemporánea*. Buenos Aires, Corregidor, 1996, 69-89.
- Menton, Seymour. *La Nueva Novela Histórica de la América Latina, 1979-1992*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993. Pese a no estar de acuerdo con la denominación que atribuye Menton a estos nuevos registros de peculiar cuño histórico, creemos que ésta es una de las obras más representativas para estudiar el fenómeno en cuestión por el amplio registro

de nombres, autores y fechas de publicación. También hay que señalar que si bien la expresión Nueva Novela Histórica no es de las más felices, se ha instalado ya en los ámbitos académicos, llenando con esta denominación un lugar de importancia para designar este nuevo fenómeno que se ha consolidado cada vez más en la América Latina.

Mignolo, Walter. "Texto y contexto discursivo: el problema de las crónicas indianas".

En: *Texto / Contexto en la literatura iberoamericana..* Memoria del XIX Congreso (Pittsburgh, 27 de mayo - 1 de junio de 1979), Madrid, 1980, 223 - 233.

Mignolo, Walter. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". En: *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. Época colonial.* Madrid, Cátedra, 1982.

Mignolo, Walter D. "Anahuac y sus otros: la cuestión de la letra en el nuevo mundo. En: *Revista de crítica literaria latinoamericana.* Año XIV, N° 28, Lima, 2° semestre de 1988.

Pigafetta, Antonio. *Primera vuelta al mundo.* Traducción, edición y notas de Diego Bigongjari. Rosario, Argentina, Ameghino, 1998.

Vich, Cinthya. "El diálogo intertextual en *Maluco*". En: *Revista Iberoamericana*, N° 180, Vol. LXIII, Pittsburgh, julio - setiembre 1997, 405-418.